

cuadro de las fisonomías más propias de nuestro tiempo.

Al terminar este ligero volumen, hago la advertencia de lo que ha de verse en los sucesivos, para que el lector sepa con quién va á encontrarse. Teniendo en cuenta que debajo de estos bocetos no hay ningún nombre propio, porque yo no dibujo personas, sino especies.



HECHOS Y DICHOS

IDILIO PATIBULARIO



IDILIO PATIBULARIO

I.

NOEMIA LESCUYER.

No siempre ha de ser España el país de las cosas, porque, sin ir más lejos, al otro lado de los Pirineos hay unos vecinos que las suelen tener estupendas, y seríamos el pueblo más original de Europa si Francia no nos disputara con frecuencia el privilegio de las singularidades, colocándonos en la situación subalterna de simples imitadores. No nos queda, por lo visto, otra manera de hacer algún papel en la gran comedia del concierto europeo, y nos es absolutamente preciso vivir en los cultos tiempos en que vivimos.

Nos hallamos en presencia de uno de los casos en que la nación vecina tiene indisputable derecho á mirarnos por encima del hombro, y en este punto no nos queda más remedio que bajar la cabeza y

seguir formando á la cola de la civilización que nos perfecciona. Confesémoslo ingenuamente : todavía no hemos llegado á las últimas alturas , porque en el orden llorón del sentimentalismo trascendental estamos aún en mantillas.

Es cierto que cada uno puede hacer de su sensibilidad el uso que tenga por conveniente, y si la vida teatral que nos damos no nos proporcionara alguna vez que otra ocasiones en que poder derramar algunas lágrimas, sería cosa de morirnos de risa.

Es evidente que el desorden de las ideas trae siempre consigo el extravío de los sentimientos, ó, lo que es lo mismo, el sentimiento moral se pierde á costa del sentido común. Así es que la perversión, que cunde por todas partes, cuenta con la inmensa complicidad de muchas gentes, que, en honor de la verdad, no quieren ser malas, pero que, en último resultado, no saben bien ser buenas; gentes pervertidas de buena fe y dominadas por lo que me atrevo á llamar el mal gusto de los sentimientos.

Esta subversión de los afectos, esta revolución hecha en la ternura de los corazones sensibles, causa grandes estragos en las mujeres, y principalmente en aquellas que la fortuna ó la desgracia ha colocado más cerca de las disipaciones de la vida.

Perdónenme la audacia de la frase en que se me presenta hecho el resumen de todo mi pensamiento, en gracia de la exactitud que encierra y

de la franqueza con que lo digo : el mal ha encontrado su auxiliar más poderoso en el vulgo de los buenos ; vulgo tan vulgo en los palacios como en las calles.

El asunto que me tiene en este momento con la pluma en la mano, reúne todas las circunstancias necesarias para conmover nuestro ánimo. Por una parte es novelesco, y por otra histórico; es á la vez dramático y jurídico; pertenece á un género enteramente nuevo, que podemos designar con el nombre de *idilio patibulario*. ¡ Nada más tierno ni más terrible! Los periódicos nos han traído la relación del caso, que en efecto merece ser conocida, aunque sea triste conocerla.

María Antonieta Noemia Lescuyer es una hermosa joven de diez y ocho años, rubia, que vive en Grandpré, ejerciendo tranquilamente el oficio de costurera. Si á una mujer joven y hermosa, y además costurera, que supone cierta comunicación frecuente con los espejos, le es permitido ignorar su juventud y su belleza, convendremos en que Noemia Lescuyer ignoraba que era hermosa y joven; pero he aquí que Bruno Huaux, cordonero, establecido también en Grandpré, tiene ojos en la cara, y, por lo visto, un corazón demasiado sensible á los encantos de la juventud y de la belleza.

Es de suponer que Huaux presentaría formalmente sus pretensiones, acompañadas de todas las protestas y juramentos convenidos para estos casos, y es de presumir que Noemia los creería á

puño cerrado, porque en este punto la credulidad de las mujeres es incorregible; y por esas impacencias tan propias del corazón humano, quieras que no quieras, se apropiaron mutuamente antes de pertenecerse. Y véase aquí el caso frecuente de las seducciones: ella fué débil antes que él tuviese tiempo para ser inconstante. ¡Cuántas veces la inconstancia de los hombres es obra de la debilidad de las mujeres!

Es un fenómeno muchas veces repetido que la mujer apele, como á su única fuerza contra las veleidades del corazón del hombre, á los encantos del rostro, á los meros atractivos de la persona, cuando, en realidad, toda su fuerza consiste en las virtudes. Las alucinaciones de los sentidos son por su naturaleza pasajeras. Si el amor no es más que un apetito, el hombre no es más que una bestia.

Noemia fué débil, y Huaux, no queriendo ser menos, fué inconstante; dos debilidades, dos miserias humanas que andan por el mundo casi siempre juntas. Ella pensó que había sido engañada: ¿cuándo? ¡Cruel contradicción! En el momento mismo del desengaño. Él pensó en casarse: ¿con quién? ¡Terrible lógica! Sin duda con una mujer más fuerte ó menos débil que Noemia.

Noemia en Inglaterra habría mirado las cosas por un lado más positivo; habría acudido á los tribunales, y el inconstante Huaux no hubiera tenido más remedio que pagar su seducción con unas cuantas libras esterlinas. La mujer inglesa puede le-

vantar muy alta la frente, sean las que quieran las fragilidades de su vida, porque las indemnizaciones en metálico ponen su honra á cubierto de toda sospecha. Así, si Eva hubiera sido inglesa, es posible que Inglaterra se creyera todavía en el Paraíso.

Noemia en Francia pensó de otro modo, y desde luego creyó que el matrimonio de Huaux no se verificaría. ¿Por qué? En España no es todavía enteramente libre el seductor. Aún las leyes conservan cierto espíritu hidalgo que las obliga á amparar el honor de la mujer seducida; pero la heroína del caso que refiero se hallaba en Grandpré, y ¡quién sabe con qué títulos podía reclamar el cumplimiento de la promesa hecha por el hombre que la había engañado!

Ello es que pensó más en su venganza que en su virtud, y, lo que sucede siempre, se acordó de su inocencia después de haberla perdido. Las pasiones tienen también su literatura, y la pasión que agitaba el corazón de Noemia Lescuyer pertenecía decididamente al género romántico. La virtud le hubiera ofrecido por todo consuelo la resignación y el arrepentimiento; pero ella quería ir más allá, añadiendo el crimen á la culpa.

Huaux ignoraba, por lo visto, que en aquellos diez y ocho años llenos de belleza y de vida, no era todo fragilidad, y que, debajo de las debilidades del amor, se ocultaban todas las fierezas del odio. ¡Y qué contrastes ofrece el mundo! Ella se encontraba con el desengaño de una ingratitud; él con la

muerte, que es el último desengaño de la vida. Huaux, pues, no conocía á Noemia, así como Noemia no lo había conocido antes. Se habían amado sin conocerse.

Una tarde salió el ingrato de un café que probablemente tendría costumbre de frecuentar, y, como el ratón en la boca del gato, se metió en una calle obscura y desierta, á cuyo extremo lo esperaba la víctima de su inconstancia. Noemia estaba allí como la muerte está en todas partes. La mano de la costurera sabía, por lo visto, manejar el puñal con la misma destreza que la aguja, y Huaux se vió, en un abrir y cerrar de ojos, cosido á puñaladas.

Hasta aquí el relato no ofrece ninguna circunstancia extraordinaria. Un amor, una culpa, un crimen....: este es el orden rara vez alterado. De todas maneras, el hecho debió causar en Grandpré sensación profunda, y en algunos días es seguro que no se habló de otra cosa. Pero, ¡ya se ve!, el Tribunal de Assises de Charleville, que hasta entonces había creído que un asesinato es un crimen, se puso muy formalmente á averiguar la verdad del caso, y, una vez instruido el proceso, se encontró con que María Antonieta Noemia Lescuyer, costurera, había asesinado á Bruno Huaux, cordonero, con premeditación y alevosía, porque esta infeliz criatura tuvo la impremeditación de creer en los falsos juramentos de Huaux. A los diez y ocho años, el corazón tiene necesidad de creer en algo, y acaso la desventurada Noemia no creía en otra cosa.



II.

EL TRIBUNAL.

El aspecto dramático del suceso no podía menos de conmover al público, y en la imaginación extraviada de la multitud la figura de la culpable comenzó á tomar las proporciones del heroísmo. Muy bien: pero ¿y el tribunal?... El tribunal examinó los testigos, leyó la acusación, oyó el informe fiscal y la defensa.... Vió claramente que Noemia, por celos ó por venganza, por amor ó por odio, había asesinado á Huaux, por sorpresa, al volver una esquina, en medio de la soledad de una calle obscura; y haciendo de su capa un sayo, absolvió á la procesada y se vió coronado de aplausos por la numerosa concurrencia que había asistido á los debates, y Noemia Lescuyer fué inmediatamente sacada de la cárcel en triunfo.

Realmente, una pobre muchacha de diez y ocho años, engañada por las promesas de un hombre, es, sin duda, digna de compasión y de amparo, por más que ella misma haya sido cómplice de su seductor; pero esa misma joven de diez y ocho años, bella como Venus y rubia como el oro, que medita largo tiempo el asesinato y lo consuma con todas las circunstancias de la venganza, es, diga lo que quiera el sentimentalismo de esta época sin sentimientos, una figura repugnante. Su juventud, su belleza, su pasión misma no tiene fuerza para disculparla. No es el arrebato súbito de la pasión exaltada, es la sangre fría de un rencor calculado. No es el sentimiento del honor ofendido, porque un crimen no borra una falta; una debilidad humilla, avergüenza, pero el delito deshonra.

Mas dejemos á la multitud, siempre ansiosa de espectáculos y novedades, el honor de esa apoteosis. ¿Quién duda que la explosión de sus aplausos habrá encontrado eco en los calabozos de las cárceles y bajo los sombríos techos de los presidios? Y ante la unanimidad de semejante ovación, ¿qué hemos de hacerle? Así se verifica la unión de todos los corazones en un mismo sentimiento. Alguna vez había de llegar el caso en que las gentes honradas hicieran públicamente la causa de los criminales. Si bien se mira, el caso no es absolutamente nuevo; la política ha divinizado ya todos los crímenes: ¿por qué la sociedad ha de ser menos?

Enhorabuena; nosotros, á título de multitud, somos irresponsables. ¡Irresponsables!.... Acaso llegue un día en que la maldad nos ajuste la cuenta de lo que debemos en razón de lo que le damos. Entretanto, quiero decir que hemos convenido por pura sensibilidad en que el mal tiene derechos. La escena debió ser, en efecto, conmovedora, pues se puede decir que ha conmovido hasta el último fundamento del orden social. ¡Qué espectáculo!

¿Y qué hacemos con el tribunal de Assises de Charleville? ¿Nos será lícito acusarle ante el sentimiento moral de la justicia humana, sin que se vuelvan contra nosotros las lágrimas del auditorio enternecido y los aplausos del concurso entusiasmado?... Pero no; el tribunal de Charleville, en su calidad de jurado, no ha sido más que una continuación del público, la comisión nombrada por el vulgo de todas las clases para rendir el homenaje de la absolución ante la figura simpática y encantadora del asesinato. Al condenar Pilatos al Justo, al Hijo de Dios, se lavó las manos en agua en el balcón del Pretorio delante del pueblo amotinado; el tribunal de Charleville, al absolver al asesino en la persona de Noemia Lescuyer en presencia del público enternecido, se ha lavado también las manos; pero se las ha lavado en sangre.

¿Por qué hemos de ocultarlo? El veredicto absolviendo á la culpable es, en resumen, la sentencia de muerte moral dictada contra la justicia por su mano; y establecido este principio, los tribuna-

les no son ya más que artículos de puro lujo. Un crimen trae otro crimen : el asesinato de Huaux ha producido el suicidio del tribunal de Charleville.

No es, sin embargo, una sentencia de todo punto arbitraria, porque, en fin, ¿qué es lo que el tribunal declara? Declara sencillamente que Huaux ha sido muy bien asesinado. ¿Y qué? ¿Acaso no es cierto? Las puñaladas asestadas por la mano inocente de Noemia, ¿han podido ser más seguras, más certeras ni más profundas? ¡Qué más podía pedirse á tanta debilidad, á tanta juventud y á tanta belleza!

Aquí todo es completo: Huaux que seduce, Noemia que asesina, el jurado que absuelve y el público que aplaude enternecido. ¡Dios mío! ¡y aún hay salvajes en el Congo!



EL BANCO